

ARDEN MONTAG

TERRADRAGA



Un drago, un fuego; unidos, un incendio

minotauro LABERINTO

TERRADRAGA

ARDEN MONTAG

minotauro LABERINTO

Terradraga

© César G. Antón y Paula Gonzalo, 2024

Diseño de cubierta: Cover Kitchen

Mapas de Fernando López Ayelo

Motivos de inicio de capítulo de © Shutterstock

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1737-1

Depósito legal: B. 2.210-2024

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros



Índice

PRIMERA PARTE

1	El príncipe Búltar	20
2	La ciudad de Ssixo	28
3	El trono vacío.....	34
4	Veinte días	41
5	Una boda real.....	53
6	Lo que dura el invierno	59
7	Madres.....	66
8	Un golpe maestro.....	72
9	Un cesto de mimbre	78
10	Kórtodos.....	86

SEGUNDA PARTE

1	El kashwa	96
2	La pesadilla de Amirg	106
3	El Círculo de formación	116
4	Un nombre es solo un nombre	126
5	El maestro ciego	135
6	El mercado.....	143
7	Guerrero azul.....	152
8	La taberna del Loco	160
9	El kali	169

10	Un nuevo comienzo	177
11	El libro prohibido	187
12	Resentimiento.....	199
13	Regreso a casa.....	205
14	La Senda	214
15	Insidias	223
16	Los ojos del drack	231
17	Traidor	236

TERCERA PARTE

1	El regreso del heredero	246
2	Un himno.....	258
3	Tortura.....	269
4	Tu rostro.....	276
5	El juego.....	285
6	Kromms.....	289
7	Un poco de esperanza.....	294
8	Una visita inesperada.....	300
9	Un puñado de verdades.....	305
10	El asedio	316
11	Cautiva	328
12	El rey perdido	338
13	La hermandad de las Siete Madres	347
14	Toda la verdad	352
15	Azul índigo	361
16	El tiempo se acaba.....	373
17	¿Dónde está tu alegría?	382
18	La ira de Crimson.....	389
19	¡Aviva La Llama!.....	394
20	Una sonrisa helada	405
21	La Jaula.....	413
22	El reencuentro.....	419
23	El Día de la Justicia	426
24	Excombatientes.....	434
25	El cazador cazado	438
26	Azul y rojo	448

27 El largo invierno de Zlaty	457
28 El tiempo del odio ha terminado	461
<i>Epílogo</i>	469
<i>Glosario de Terradruga</i>	476
<i>Agradecimientos</i>	487



PRIMERA PARTE

CICLO 984 d. A. (después de Argia)



1

El príncipe Búltar

El primero de los dos soles, el más brillante, se ocultaba tras la ladera del monte de Hierro, dando paso a lo que los dragohombres llaman: la última penumbra. El príncipe Búltar contemplaba el ocaso con una piedra ferrosa entre las manos. Una vez más había logrado burlar la eterna presencia de la guardia real asignada por su abuelo para disfrutar de la brillante piel de ese territorio sagrado.

Escabullirse hasta lo alto de ese cerro era la única forma de huir de la bulliciosa corte de Ssixo. La capital de Terradraga se convertía en un hervidero de sonidos que daban vida a esa insólita península. Curtidores de pieles, vendedores ambulantes y timadores de todas clases se mezclaban en un griterío ensordecedor con el repicar del martillo de los herreros. Allí sentado, sobre un amorfo trono de roca, Búltar lanzaba pequeñas bocanadas de fuego índigo para modelar la pieza que sostenía en sus manos cubiertas de escamas. Recordó entonces a sus difuntos padres hablándole, en ese mismo lugar, de la leyenda de las Siete Madres que alumbraron a su especie. A lo lejos, la figura de una draga cargada con una pesada cesta de mimbre a la espalda le sacó de sus pensamientos. Le sorprendió la agilidad con la que se movía a pesar del lastre. No tardó en darse cuenta de que su prisa estaba justificada y que, más que correr, huía.

La adrenalina comenzó a circular por su cuerpo activando el área fovea de su retina: un *zoom* óptico que le permitía multiplicar por ocho el alcance de su visión. El exterior amarillo de su iris adoptó un tono anaranjado, como el oxígeno oxidando una llama. Sus pupilas contraídas, apenas una estrecha línea vertical, le permitieron calcular con precisión la distancia. Enseguida distinguió la presencia de cuatro dragos que la acechaban a corta distancia, con sus espadas en alto y el instinto asesino en sus rostros; una máscara que, a pesar de su juventud, había visto ya muchas veces en el campo de batalla. No necesitó pensarlo, de un salto se incorporó para correr tras ellos. Estaban muy lejos y se movían a una velocidad vertiginosa, pero no por eso iba a dejar de intentarlo.

Al cruzar un gran risco sobre el que giraba el camino, perdió de vista a la joven y a sus cuatro asaltantes, pero siguió corriendo. Sabía que lo que estaba haciendo era la clase de cosa que su abuelo le reprocharía. Se iba a meter en problemas para salvar a una aldeana de unos simples maleantes cuando la guerra amenazaba la ciudad. ¿Por qué demonios había abandonado sus deberes en palacio para poner su vida en peligro?

Imaginó que los siete minutos que había tardado en descender habrían sido fatales para la víctima. Desenvainó la espada y confió en la ventaja que le daba su fuego índigo, propio de su estirpe real. Justo antes de girar, escuchó gritos. Aceleró sus pasos, listo para entrar en combate, pero la visión de lo sucedido le hizo frenar en seco. Los cuatro asaltantes yacían muertos con la huella de un zarpazo letal. Búltar siguió el rastro de sangre hasta descubrir a la joven draga. Con sus modestas vestiduras limpiaba la sangre adherida a sus poderosas garras. No era habitual, pero algunos dragos heredaban esa mutación: garras retráctiles, apenas perceptibles a simple vista bajo las tupidas escamas. Sin embargo, aquello era distinto; no solo por el tamaño de la hoja estrecha, filosa por ambos lados, de unos quince centímetros, sino por su propia composición, similar a un

cuarzo pulido: transparente como el cristal, resistente como el acero de una daga.

Al verlo llegar, la draga activó sus depósitos de fósforo para preparar su garganta y arrojarle una bocanada rojiza de su fuego. Saltó hacia él a una velocidad endiablada. Búltar tardó un segundo en reaccionar; tiempo suficiente para sentir la quemazón en las escamas del brazo con el que se protegió el rostro. Entre las llamas vislumbró la transparencia de aquellas garras y a la joven draga. Su forma de moverse era casi una danza, su ejecución impecable y la determinación de sus movimientos, propios de un guerrero avezado. Viendo su destreza, comprendió la rapidez con la que había aniquilado a esos cuatro rateros. Su bien entrenado instinto le permitió reaccionar a tiempo. Esquivó el primer zarpazo de un salto. El segundo no se hizo esperar. Sujetó con habilidad la muñeca que amenazaba con atravesarlo y retorció el brazo de su oponente hasta hacerla gritar de dolor. Con una patada la tumbó boca abajo, usando su peso para inmovilizar y mantener lejos de sí aquellas letales zarpas.

—¡Suéltame o juro que correrás la misma suerte que esos cuatro malnacidos!

—¡Tranquila, tranquila! Solo quería ayudarte. He visto cómo te perseguían esos dragos —respondió Búltar, procurando que su voz no reflejase el esfuerzo que suponía contener la fuerza de esa insólita draga.

—Si quieres ayudarme, suéltame ahora mismo, o correrás la misma suerte.

—¿Me lo aseguras? Llámame loco, pero le tengo aprecio a mis escamas.

—¿No conocías acaso a esos malnacidos?

—¡No! Ya te he dicho que vine en tu ayuda —respondió liberando a la draga del peso de su cuerpo, al tiempo que tomaba una prudente distancia.

La draga se levantó y sus garras se ocultaron de nuevo con un silbido acerado, como el rumor de una espada y, sin más, se sacudió el polvo de su humilde ropa de faena. Fue entonces cuando Búltar la observó por primera vez. Había algo salvaje

en su mirada, algo que no había visto en ninguna otra hembra de su especie. Todavía fruncía el ceño con enfado cuando se detuvo en el contorno preciso de su boca, apretada con furia. La parte humana de su rostro emanaba un equilibrio simétrico. Observó el ascenso de sus escamas, partían de la frente en un tono degradado que atravesaba el malva hasta alcanzar el brillo violeta de la amatista en lo alto de la cabeza, junto a la leve protuberancia de sus cuernos. Ese color iridiscente podía apreciarse en todas las partes que su atuendo dejaba al descubierto. Sobre los hombros caía en cascada una cabellera tupida del color del trigo antes de la cosecha.

—¿Qué miras con esa cara de bobo? —exclamó ella desafiante, sacando a Búltar de su ensimismamiento.

Fue entonces cuando comprendió lo que perseguían esos rufianes. No se trataba de un robo para hacerse con las frutas que ahora se desparramaban fuera del capazo de mimbre. La querían a ella. Una draga morada podría cotizarse por una auténtica fortuna en los burdeles de Ssixo.

—Viajar sola por estos caminos es una temeridad. ¿Dónde está tu clan, o tu par?

—¿Mi par? ¡Ja! ¡Cómo no! Esa ofensiva manía de poner siempre un alfa al lado de una hembra desamparada.

—No era esa mi intención —respondió titubeando.

—Como habrás comprobado —dijo señalando los cadáveres ensangrentados—, no necesito a nadie para defenderme. Mi padre me enseñó bien antes de fallecer en esa maldita guerra de los reyes.

—Lo siento, no pretendía ofenderte. Yo también perdí a mis padres en la guerra. —Búltar apretaba los puños para no revelar su verdadera identidad. La guerra había acabado con la vida de demasiados dragos decentes y, aun así, se sintió dolido por sus palabras—. Deja que al menos te acompañe a casa. Es lo mínimo que puedo hacer después de cómo te he tratado.

—Bueno, tal vez yo también tendría que disculparme por haberte abrasado el brazo y amenazarte con mis garras. Te ha faltado muy poco —dijo sonriendo por primera vez—. Por

cierto, ¿qué escamas son las tuyas que ni te has inmutado con mi fuego? ¿No suelen ser las escamas doradas propias de la realeza?

—Tú lo has dicho, suele ser, pero no es exclusivo de la nobleza, aunque no negaré que le he sacado partido a este brillo en más de una ocasión. Lo que sería inusual es que un noble se dedicara a perseguir pobres aldeanas en apuros.

La morada se revolvió poniendo de nuevo el filo de su garra en el cuello de Búltar.

—¡Ni soy pobre ni estoy en apuros! Ya te he dicho que sé defenderme sola, necesitaría algo más que cuatro imbéciles para derrotarme. En una cosa tienes razón, hasta un príncipe de Ssixo tendría más cerebro que tú.

—¿Nunca te han dicho que tienes un carácter de mil demonios?

—¿Y a ti que no debes tratar a las hembras como pobres criaturas desvalidas?

—De acuerdo, de acuerdo —dijo levantando las manos como quien se da por vencido—. ¿Qué te parece si comenzamos de nuevo y me dices cómo te llamas?

—Mi nombre es Súnary, hija de Zogas —dijo orgullosa—. ¿Y tú?

—Rátlub —respondió Búltar, invirtiendo su nombre y lamentando al instante su estupidez.

—Vaya, ese nombre es casi tan raro como tú. No lo había escuchado nunca.

Tras las presentaciones, la joven draga parecía más relajada. Tomó la última de las manzanas y echó a andar, aceptando de forma tácita la compañía de Búltar, o Rátlub para ella.

La aridez del paisaje ferroso del monte de Hierro se disipaba en la distancia para dejar paso al monte Bajo. Sus pasos dejaron de resonar sobre la piedra para volverse un crujido, apenas un silbido entre la tierra fértil y la hojarasca. El olor silvestre de los matorrales se convertía en el preludio del bosque. El final de la tercera estación lo llenaba todo de dorados y amarillos.

Súnnary no podía evitar sonreír al escuchar el canto de los cícaros y las galgas, con sus alas azules y amarillas. Antes de llegar a la aldea, el bosque de nobus oscurecía el paisaje abriendo paso a un laberinto tan exuberante que era casi imposible no perderse. La vegetación crecía en su interior con tanta abundancia que lograba borrar la más pequeña huella o señal que te permitiera orientarte en el camino. Sus copas eran tan altas que apenas se veía el final, modelando un techo de hojas sobre sus cabezas. Los dos levantaron la vista en silencio, abrumados por la belleza del paisaje. La luz regresó de nuevo a medida que se acercaban a lo alto de una pequeña colina, donde se veían un grupo de chozas abandonadas. Entre ellas, destacaba la de la joven draga, la única que permanecía habitable. Súnnary, todavía recelosa, le explicó cómo cultivaba el pedazo de tierra que le había dejado su padre al fallecer, concediéndole el triste honor de convertirse en la última superviviente de su clan.

En el mercado de Ssixo vendía los escasos frutos de su cosecha y la harina que producía en un pequeño molino de agua junto al río. Así había logrado salir adelante tras la muerte de su padre, hacía ya un ciclo. Búltar no llegó a entrar en la casa, pero aceptó un trago de agua fresca, un plato con queso y una hogaza de pan que Súnnary sirvió en una mesa de piedra muy cerca de la entrada. La modesta casa estaba rodeada de árboles. El descanso y la comida le sentaron bien.

—Este lugar es tan hermoso como inaccesible, quizá ese sea el secreto de su belleza, ¿vives aquí tú sola?

Ella miró a su alrededor y asintió con la cabeza.

—¿Y tu madre? ¿O el resto de tu clan? —se atrevió a preguntar, pensando en cómo habría logrado sobrevivir ella sola a las cinco estaciones de un ciclo completo.

Antes de contestar, Súnnary bajó la barbilla al pecho, escondiendo sus ojos para no mostrar el dolor que suponía traer de nuevo a la memoria aquel recuerdo.

—Ella no logró superar la muerte de mi padre y mi hermano. A los dos se los llevó esta maldita guerra. Mi padre era el alfa de este clan, un guerrero legendario. Él y mi hermano fueron

víctimas de la lluvia de hierro de los arqueros de Ócsul. Ni siquiera les habían dado escudos para defenderse. Con su muerte mi clan perdió la piedra sobre la que se sustentaba —dijo señalando las viviendas abandonadas a su alrededor—. Los pocos que volvieron no tuvieron más remedio que huir de estas tierras. Se unieron a otros clanes más fuertes, o se marcharon en busca de mejor fortuna en las calles de Ssixo. Pero nosotras nos quedamos, bueno, a veces pienso que solo me quedé yo; ella no lo superó nunca y... te parecerá una sandez, pero te aseguro que murió de pena.

Búltar la miró preguntándose cómo podría alguien morir así.

—El médico dijo que fueron las fiebres, pero yo sé que no. Yo sé que fue ese dolor que apenas la dejaba existir. —Súnary permaneció en silencio unos segundos. Cuando levantó la mirada, Búltar pudo ver en sus ojos violáceos el poso de una herida profunda—. La guerra... Esta maldita guerra sin fin me lo ha quitado todo. No consigo entender el egoísmo de esos dos reyes enfrentados con el único propósito de lograr más poder, más conquistas, más vasallos; sin preguntarse siquiera cuál es el precio en vidas de ese capricho.

—¡Eso no es cierto! ¡No es un capricho! Ssixo lucha con valor por la libertad de su pueblo. Si el tirano de Thyle y los salvajes de Ócsul se hicieran con el control, reinarían el caos y la miseria.

—Esas mismas palabras repetían mi padre y mi hermano. Pero ¿a qué precio se sostiene en pie este reino? Diez ciclos en guerra son demasiados. Diez ciclos de muerte y sufrimiento a costa de las vidas de la gente humilde que es obligada a formar parte de ese ejército suicida. A veces pienso que nunca podremos disfrutar de una vida en paz. Tus padres también murieron en esa guerra, deberías entenderme mejor que nadie.

—Siempre he pensado que lo hicieron luchando por una causa justa.

—¿Dónde murieron?

—En la batalla de Arvak.

—¿Tu madre era una guerrera?

—Una de las mejores. Al menos cayeron juntos, me agarro

a eso para darle sentido. Combatir es mi forma de honrar su memoria y su muerte.

—Cada uno sana sus heridas lo mejor que puede. Si esa medicina te alivia, me parece perfecto, pero la guerra nunca es la respuesta.

Búltar escuchaba sus palabras con una avidez desconocida. Disfrutaba del placer de charlar sin más, como un simple drago, despojado de las maneras reales que le impedían asomarse con sinceridad a los sentimientos de alguien. Todo en palacio era impostura, protocolo y temor, como si viviese eternamente esquivando el filo de una espada. Hablaron y hablaron hasta que el segundo sol comenzó a esconderse.

—Deberías regresar ya. Pronto anoecerá y bien sabes que estos caminos son peligrosos.

—Tal vez podría volver a acompañarte cuando tengas que regresar a la ciudad. Los cuatro dragos que has matado pueden tener amigos que busquen venganza.

—Ya has visto que llegar hasta aquí no es fácil y sé defenderme. Además, no regresaré al mercado hasta que comience la quinta estación.

—Pero... para eso tendrá que ponerse el sol noventa veces y atravesar el frío de la cuarta estación —respondió decepcionado.

—Si para entonces todavía quieres acompañarme, no seré yo quien te lo impida.

Su respuesta le dibujó una sonrisa estúpida en el rostro. Se sentía nervioso y voluble como un cachorro. Levantó su escamosa mano para despedirse y emprendió el camino de regreso a palacio. Al atravesar el bosque de nobus se quedó contemplando las inmensas copas. Durante todo el trayecto una sola idea rodaba una y otra vez por su mente: ¿cómo lograr volver a verla? Buscaría la forma de escapar de su escolta para encontrarse con ella de nuevo. Cuando llegó a la ciudad de Ssixo se detuvo a observar la imponente muralla que la protegía: una inmensa colmena de piedras y adobe que albergaba a más de veinte mil dragos. En el centro, el gran castillo, donde su abuelo, el rey Kirandros, lo esperaba ansioso con noticias que cambiarían su vida para siempre.